
HASTINAPURA

diario para el alma

Año 10, Número 57, Julio Agosto 2009

Índice

Editorial: La presencia de Dios.....	1
Cartas para aprender a Crecer.....	3
Adiós señor tiempo.....	5
La Visión de Dios.....	7
Humildes obreros necesarios para la construcción de tu templo de diamante.....	9
Enseñanzas de Meister Eckhart.....	10
Enseñanzas del confucianismo.....	11

Editorial: La presencia de Dios

¡Cómo nos turba, en el camino de la búsqueda espiritual, el creernos completamente solos, el sentir erróneamente la constante ausencia de Dios al lado nuestro! Todo se nos figura piélago, un infinito páramo sin otra vida que la de nuestra incierta esperanza que Lo llama y Lo nombra, al parecer inútilmente. Dios no está aquí –pensamos–, Dios no nos escucha, está lejano, sus oídos sordos a nuestro ruego, toda su alma indiferente a nuestras súplicas. El alma anhela la cercanía Divina, pero ésta no se encuentra; quiere el Sol del día y sólo le es dado el manto tenebroso de las sombras.

Cuando Dios está ausente para nosotros, es porque el mundo se halla demasiado presente en el corazón. Es tan astuta la materia que cuando nos la sacudimos en su forma grosera, quedan todavía en nosotros algunas de sus partes sutiles, que son las más peligrosas. Puedo yo vivir en una cueva, alejada de todo y, sin embargo, habitar el palacio de los ensueños mentales; éstos suelen ser más grosera compañía que las formas visibles y mayor barrera para la senda espiritual.

Así pues, Corazón, sé cauto y vive atento; si Dios en ti no se halla presente, analiza lo que contiene tu alma, y la verás poseída por aspiraciones mundanales, ideas superfluas, pleitos y apetitos terrenales. ¿Cómo quieres entre tanta maleza, ver alzarse la bendición purísima de Su presencia? Así, no es de Su ausencia de lo que debes lamentarte, sino de la mala compañía que has puesto en su lugar y a la que has coronado reina de tu tiempo. Vives constantemente acompañado de fantasmas, de “molinos de viento”, a quienes vistes de gigantes honorables; has cogido un poco de humo negro y le has conferido dignidad de estrella. ¿Te asombras luego porque el Rey de la Luz no se aparezca? ¡Pero si lo han echado las sombras a las cuales preferiste! No es pues Dios quien no se halla a tu lado, sino que eres tú quien para nada se ha puesto al lado de Dios. Líricamente, y sin realizar esfuerzo alguno, clamaste por Su compañía; mas ¿quién te dijo que pueden construirse Templos con argamasa de viento? No hay solidez en tus anhelos; quieres con un querer epidérmico y tan débil, que no logras, desdichado, asirte a las cosas del Cielo. Te asemejas a esos, vegetales perezosos que no crían raíces profundas con las cuales aferrarse a la tierra; y a los que cualquier brisa los descuaja y remonta en el aire, para abandonarlos después en cualquier parte.

No exclames entonces, ¿Dónde está Dios? Más bien, pregúntate dónde te hallas tú, en qué guarida mental te has escondido de Su Presencia, con qué sueños convives en tu interior, cuáles son los pensamientos que te distraen y ocupan, hacia dónde has puesto a bogar la nave de tus deseos. ¡Ay, Corazón, tú no sabes de su Amor infinito! ¿No lo comprendes? ¡Él te respeta! ¡Respeta tus caprichos, respeta que le des la espalda! No se

HASTINAPURA

diario para el alma

te impondrá, no llegará hasta ti haciendo violencia; sólo cuando tú lo prefieras entre todas las cosas, entonces y no antes, has de saber de su compañía.

Observa cómo complace Él a sus hijos del mundo. Vivimos poseídos por la ambición. ¿Anhelamos profesiones? ¿Dinero? ¿Éxitos? Él nos dará armas para lograrlo, Él nos colmará, Él nos hartará con los bienes de la Tierra que son los que nosotros hemos preferido. “¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad!” Mas si elegimos habitar ese mar de humo y de cenizas, Él respetará los caprichos de sus hijos y se hará a un lado, aguardando pacientemente nuestro retorno. ¡Mira cómo dilapidamos el tiempo, cómo utilizamos su energía divina para satisfacer nuestros antojos! Toma como ejemplo la vida de un hombre cualquiera: lo verás ir de una sombra a otra sombra. Hoy será el encuentro con unos amigos en un bar, mañana, un negocio, pasado, sus vacaciones. Todo eso que llamamos “vivir” es casi siempre una inmensa montaña de horas malgastadas en mil futilidades.

¿Qué hace Nuestro Señor? ¿Nos acusa? ¿Castiga? ¿Nos conmina a tomar el Camino de su Gran Realidad? No; simplemente aguarda. Su paciencia no conoce límites pues es generada por su Amor.

Él está presente aun entonces y más todavía, como tierno padre que vigila los juegos de sus niños, atento al daño que pudieran hacerse en su inconciencia. En cuanto a ti, Corazón, si tomas ese rumbo, no podrás percibirlo porque anclas en aguas mentales, no en las del espíritu.

Ten por seguro que ni bien lo elijas, ni bien llames a Su puerta con el aldabón de la sinceridad, Él se hará presente. En realidad, lo que llamamos “Su ausencia” no es sino su espera por nosotros.

Sí; Él está allí, con todo Su Amor inmenso, con toda Su bondad infinita. Escúchalo en ti; Su voz es tu silencio de mundo, Su caricia, la indiferencia con la que miras los caminos viejos. Vístete entonces de anhelos divinos, desnúdate de amoríos con lo pasajero, escoge Corazón el destino que te pertenece. No es el que la mente susurra a tus oídos, sino el que sientes cuando te quedas como amo y señor de tu soledad. Allí te hablas a ti mismo, escuchas tu propia voz y ella te señala una sola ruta: la que te lleva a la Paz total, a la Bienaventuranza suprema, pues no otra cosa es preferir a Dios, anhelar su presencia, y buscar su Compañía.

Ada Albrecht

del libro “La Paz del Corazón” Ed. Hastinapura

HASTINAPURA

diario para el alma

Cartas para aprender a Crecer

Sagrada gentileza

por Ada Albrecht

Hijo querido:

¿Cuál es el comienzo de tu vida espiritual? ¿Está acaso en los libros de filosofía que lees, en tus meditaciones, en las enseñanzas de tus maestros? Está en todo eso, y también en la presencia dentro de tu corazón de un ángel compasivo y maravilloso, que a veces nos habita como el Sol a la casa del alba, pero... la mayoría de las veces permanece ausente en nosotros. Me refiero a la gentileza. Ser gentil es ser amable –son palabras sinónimas–, no con la gentileza social, vestido del ego, a veces, disfraz hipócrita de crueldades que se esconden detrás del arte de fingir que aprendemos a través de innumerables experiencias. La gentileza, hijo querido, es un estado del Ser. Acompáñame, cierra los ojos e imagina que estamos caminando hacia el sector donde se venden frutas y hortalizas en los supermercados. Detente, observa el piso, el suelo de cualquiera de sus góndolas. Seguramente verás una naranja o una manzana que alguien, descuidadamente, dejó caer, pero no la levantó del suelo, porque la Madre Gentileza no conmovió su alma. Vamos hasta el sector de las bananas. Observa su piel. Verás que está herida. Alguien clavó sus dedos en la misma, para ver si estaba madura. Alguien más hizo lo mismo con la fruta de un mango, un tomate o un durazno. No eran criaturas gentiles. Te parecerá extraño y tal vez cursi esta micro-expedición que está realizando conmigo, no por centros iniciáticos, ni templos hieráticos, sino por un simple mercado. Hemos venido aquí porque éste es el comienzo milagroso de un sendero que se llama Aprender a ver a Dios, Nuestro Señor, en todas Sus criaturas. Como te dice un Libro Sagrado, “quien por doquiera Me ve y ve toda cosa en Mí, no perderá nunca en Mí el sostén ni Yo dejaré jamás de sostenerle”. Mientras estemos indiferentes ante la presencia de esos gigantes pequeños que son las criaturas nacidas en los huertos, mientras nuestro corazón no se incline reverentemente ante ellas, mientras no las ame, no las dignifique, no les de la real estura de infinito que poseen, mientras nuestro espíritu no se conmueva al observar la presencia de todo lo creado, no podremos incursionar con éxito en el reino de la filosofía. Leer el poema de Parménides y repetir como una cacatúa que “el Ser es”, y no verlo reflejado en todos los reinos de la creación, es no haber entendido el poema de Parménides. Son las pequeñas cosas las que te van construyendo el camino interior, te van guiando hacia tu Esencia. No las desprecies. Sé amable, sé gentil, y reconoce, desde el fondo de tu alma, que aparecen en tu vida, para señalarte la ruta hacia el Ser. Cuando te halles delante de las criaturas de Nuestro Señor, ésas que la mente juzga a la ligera, como cosas mínimas, y hasta sin importancia, cuando te halles, como te digo, frente a ellas, enseña a tu corazón que ningún príncipe, ningún Rey sobre la Tierra, jamás podrá tener en sus vestiduras la infinita belleza de verdes y rojos que posee una cesta de frutas, jamás sastre alguno vestirá sus cuerpos con la elegancia angélica con que Dios vistió sus divinos hijos pequeños, esos que vemos en las góndolas de vegetales, en este, nuestro recorrido por un supermercado, que en realidad es una biblioteca del Cielo, donde se exhiben libros magistrales de formas heterogéneas, a los cuales, en nuestro analfabetismo consuetudinario de egos en estado de salvajismo para la captación de lo Divino, nos sentimos absolutamente imposibilitados de leer; sólo tenemos ojos para nuestras manchas de letras y para los borrones de nuestros fraseos. Cuando llega a nosotros de las manos de Dios, pasa desapercibido.

HASTINAPURA

diario para el alma

Así pues, hijo querido, detente en las góndolas coronadas por los frutos de Dios y bendícelos con todo tu corazón, acaricia sus pieles, observa sus formas, su sagrada bondad, que te da cuanto necesitas para tu subsistencia, sin pedirte nada. Mata en ti la ausencia de gentileza, la ausencia de la sagrada Madre Bondad, ausencia que suele llevarte por caminos de indiferencia a observar cuanto ves, sin vestirse previamente de conciencia, como para valorar lo glorioso y perfecto que se encierra en aquello a quienes sólo otorgamos la más superficial de nuestras miradas. Al salir de nuestra incursión por el Templo de la Naturaleza, lleva en el alma cuanto ella te ha hecho el honor de mostrarte. Bendice las formas que has visto, agradece a Dios por esos colores y el esplendor de esa infinita pluralidad generosa de la Vida. Si puedes hacerlo, estarás en camino de convertirte en un verdadero Poeta de la Verdad, en un verdadero Caminante del Sagrado Sendero de la Devoción, en un Amador de Dios, en un Filósofo, es decir, alguien que aprendió a visualizar la Vida con los ojos del Alma, a acariciarla con las manos de la bondad, a interpretarla y descubrirla como la fuente misteriosa donde se conjugan la Sabiduría y el Amor: Sabiduría para crear lo Perfecto, y Amor para prodigarlo generosamente a todo lo creado.

HASTINAPURA

diario para el alma

Adiós señor tiempo

por Ada Albrecht

“Qué extraño”, dijo el Viento del Norte, que era muy curioso, y acostumbraba a estar en todas partes.

“¿Extraño qué?”, preguntó un ruiseñor amigo suyo, que lo acompañaba en sus viajes, siempre que podía.

“Mira”, le dijo señalando una casa, “en ese lugar se detuvieron todos los relojes”.

“Realmente es asombroso”, contestó el ruiseñor. Y volando con su amigo, penetró por uno de los ventanales. Efectivamente, todos se habían detenido.

Uno estaba sobre la mesa de luz, otro que era un reloj de pie a la derecha de la sala, y por último un reloj de pared en la alcoba siguiente; pero ninguno funcionaba.

Vieron entonces cómo del carillón emergía una figura vestida de rojo. Primero parecía muy pequeña, pero a medida que se alejaba del reloj se hacía más y más grande. Cuando salió de la casa y llegó a los jardines, su figura se tornó realmente gigantesca.

“¿Quién eres?”, le dijo el Viento del Norte, poniéndose de puntillas para alcanzar la cabeza del gigante.

“Soy el Tiempo y me voy. Aquí no tengo nada que hacer”.

“¿Qué ha pasado?”, quiso saber el ruiseñor.

“Observen. Allá, en el ático de la casa... ¡Véanlo por ustedes mismos!”

“Pero... ¿qué pasa?”, balbuceó el Viento del Norte.

“Hay un santo que medita”, dijo el gigante. “Un hombre santo en meditación es el único que detiene la rueda de mis hijas, las Horas, el único capaz de vencerlas. De la mano de la devoción estos sagrados seres conquistan el Reino de la Eternidad, de modo que yo no tengo nada que hacer aquí. Mi existencia en la mansión de la vida persigue un solo fin: el aprendizaje. Estrellas, galaxias, hombres y gusanillos, aprenden tomados de mi mano la lección más difícil de todas: el logro de la purificación del corazón a fin de tornarlo apto para que en él florezca la devoción a Nuestro Señor. Sólo los santos consiguen hacer suyo este Bien Supremo, y cuando esto acontece, yo guardo mis horas, años y siglos, y me voy, dejándole el lugar, como ya dijera, a mi Sagrada Madre y Maestra: Eternidad”.

Antes de alejarse definitivamente, confesó emocionado:

“Cuando la meditación de un hombre santo logra detener mis relojes, que son las casas donde yo me manifiesto, cuando esto pasa, todo el universo se halla de fiesta. Hasta en el corazón de la estrella más lejana, se produce una emotiva conmoción a causa de este evento. Todo el mundo se llena de gloria. ¡Aleluya! ¡Svaha! ¡Gloria a Dios!, dice la vida emocionada, ¡mirad, un bendito despierto ha tomado el camino del regreso, y ya nunca volverá a nacer, se ha liberado de mí, del Tiempo, el Señor de la muerte y la tragedia, de los placeres efímeros, se ha liberado de este padre de las mil nidades que soy yo. Todo en mi reino es perescible y son sólo estos sagrados despiertos los que logran abrir la puerta de mi morada”.

HASTINAPURA

diario para el alma

Se fue el Tiempo y se perdió en la lejanía. Viento Norte y Ruiseñor se postraron solemnemente ante esa casa bendita y a ambos les pareció que una paz infinita les envolvía acariciadoramente el corazón.

HASTINAPURA

diario para el alma

La Visión de Dios

Por Claudio Dossetti

“Es cuando un hombre conciencia aquí a Âtman que él realiza el verdadero fin de la vida. Si no logra conocerlo, le aguardará una gran destrucción. Habiendo realizado al Ser en todos los seres el hombre sabio abandona el mundo y deviene inmortal”.

Kena Upanishad, II, 5

Para muchas personas “la realidad” es aquello que ven con sus ojos físicos. En la filosofía de la India estas personas reciben el nombre “Samsârines”, esto es, “los habitantes del Samsâra”, siendo el Samsâra el mundo de la Ilusión que toma la forma de innumerables ciclos de nacimientos y muertes. Suele compararse el Samsâra con un inmenso mar, en el cual viajan a la deriva las miríadas de almas que han caído en él debido a que olvidaron a Dios, olvido que recibe el nombre de Avidyâ o ausencia de conocimiento de nuestra Naturaleza Divina.

Se dice que cuando estas personas observan el mundo ven sólo “cosas”. Por ejemplo, cuando contemplan los árboles, las plantas, los animales, los otros seres humanos, los ríos, las montañas, las estrellas, etc., sólo perciben sus cuerpos físicos. Son incapaces de ver más allá de esas apariencias. ¿A qué se debe eso? Nos dicen los Libros Sagrados que es porque tienen abiertos los ojos físicos, pero aún no fueron capaces de abrir los ojos del Conocimiento Divino (Jñâna Chakshushâ).

Ahora bien, es muy importante que nos demos cuenta de que, salvo raras y sublimes excepciones, todos nosotros somos como esas personas.

Lo que ocurre es que estamos como “dormidos” para la Verdad. Vivimos en un sueño de irrealidad al que llamamos “realidad”. El Bhagavad Gîtâ nos da la clave para tener un vislumbre divino cuando nos dice “en el corazón de todos los seres mora el Señor”. ¿Y cuál es ese “corazón de los seres”? Es el Alma Divina que habita en su interior, es su Esencia Divina e Inmortal.

Sucede que —paradójicamente— para contactarnos con el corazón de los seres, debemos primeramente contactarnos con nuestro propio corazón. Cuanto más cerca estemos de nuestro propio Ser, más cerca estaremos del Ser de todas las criaturas. Cuanto más silencio haya en nuestra mente, mejor oiremos la Voz de Dios. Cuanto mayor sea nuestra quietud, mayor será nuestra percepción del movimiento de la Vida Divina. De allí nace la importancia de las prácticas espirituales como la meditación, la práctica de Mauna (silencio), el aquietamiento de la actividad de los sentidos y la mente, etc.

También sucede que, cuanto más queremos acercarnos a Dios valiéndonos de la mente, más se aleja Él de nosotros. Los Libros Sagrados nos dicen que ello ocurre porque la mente (Manas) no es más que ignorancia (Avidyâ), ¿y cómo podríamos alcanzar la Sabiduría a través de la ignorancia? Esta es también una de las razones por las cuales cuanto más se analiza el mundo físico, menos se ve a Dios. Incluso hay casos de científicos que de tanto estudiar el mundo se olvidaron completamente de Dios, y cayeron en el ateísmo.

De lo que acabamos de decir se desprende que una de las características del Devoto es que jamás analiza ni juzga a Dios, ya que si así lo hiciera, dejaría de ser Devoto, y por lo tanto, dejaría de ver a Dios.

HASTINAPURA

diario para el alma

Sepamos que el análisis de lo Divino es un obstáculo en el Camino Espiritual. Dios se acerca a aquellos que Lo aman, no a los que lo analizan.

En ciertas personas existe una predisposición natural para acercarse a lo Divino, ello se debe a que poseen Samskaras (tendencias) elevados, adquiridos a través de anteriores prácticas de disciplinas espirituales. Para ellos es algo natural el buscar la serenidad de la mente y la pureza del corazón. También es bueno saber que todas las disciplinas espirituales que hagamos en esta vida servirán para fortalecer a nuestra alma en los tiempos por venir.

Además, tengamos siempre cerca de nosotros un Libro Sagrado. Vayamos donde vayamos, no lo olvidemos. El mar del Samsâra es muy poderoso, y necesitamos tener siempre cerca una balsa divina en la que podamos navegar. Esa balsa es el Libro Sagrado que nos permitirá surcar las aguas de la vida sin olvidar jamás nuestro Origen Celeste.

Finalmente, digamos una vez más que para lograr ese Despertar del cual hemos hablado es absolutamente necesaria la guía del Guru o Maestro Espiritual. No existe otra forma, del mismo modo en que sólo la luz del Sol disipa las tinieblas de la noche.

HASTINAPURA

diario para el alma

Humildes obreros necesarios para la construcción de tu templo de diamante

Por Ada Albrecht

Hijo querido:

Tú eres ese Templo de Diamante que anuncia el título de nuestra nota de hoy, y eres de Diamante porque eres inmovible, saturado con la bendición de Luz, sublimación de toda arcaica molécula kármica, en proceso de purificación durante millones de años, paz y perfección absoluta. Eso eres. Eso, lo que la vida, con inmarcesible constancia, construye en ti, y lo hace lentamente.

A menudo nos asaltan los fantasmas del escepticismo, la crueldad de la duda, el espanto de la indiferencia. La Fe es ala herida que con dificultad logra vuelos cortos; no puede abrirse paso en la inmensidad del espacio, agobiada, con tanta debilidad.

Hace poco me decía un discípulo:

“No logro hallar a Dios en mí, y no sé que hacer. Pienso que tal vez, deba ir a la montaña, tomar refugio en ella por los años que fuesen necesarios”.

Hermosa aspiración, pero completamente inútil, porque a menudo, un animal herido al que socorremos, es maestro que nos guía al inegoísmo, y la montaña más alta, puede asumir la forma de una mano tendida a la que prestamos ayuga.

Por eso, recuerda lo que siempre olvidas; recuerda a tus pequeños amigos, esos que a veces no ves: tu rosario de rezos, el libro de oraciones, la canción que te recuerda al Señor. No eres tan grande como para abandonar a los pequeños colaboradores destinados por Dios a construirte interiormente. Olvídate de quienes hablan de peregrinaciones hechas en exóticas tierras para buscar la “sabiduría perdida”, o de grandes maestros iluminados que te pueden otorgar la Perfección con una simple imposición de manos, la pronunciación de un mantra, o una mirada. Deja a un lado toda ampulosidad de la imaginación y atente a lo que está a tu alcance. Como te decía anteriormente, atente a esos milagrosos compañeros de ruta que son tus verdaderos constructores. Sé consciente que la sequoia gigantesca, cuando asoma su cuerpecillo vegetal, sobre la tierra, mide menos de un milímetro, sé consciente que la vida humana nace como una milagrosa miniatura. La pirámide de Gizeh está hecha de bloques de piedra, y el río más caudaloso, de millones de gotas de agua. Todos los días de tu vida, con la paciencia de la Madre Tierra, y con su sabiduría, gira alrededor de tu Sol interior. Aliméntalo con tus pequeñas acciones, te repito, pequeñas acciones. Hablas de la generosidad de espíritu, y yo te pregunto: ¿qué actitud es la tuya cuando cruza a tu vera un perro famélico? ¿Sacude las entrañas de tu alma el dolor de los otros como si fuera tu propio dolor? ¿Qué bien hiciste hoy? ¿Acaso el bien de una oración, de un rezo íntimo, de un gesto generoso, de un a ayuda anónima al mendigo que pasó a tu lado?

Miles de pequeños obreros –las humildes “pequeñas acciones”– aguardan a diario por ti. Están deseosos de ayudarte a construir ese maravilloso Templo de Diamante, sitio de Luz, Trono de Dios, sagrada efulgencia de tu Ser. No les cierras las puertas con la llave de tu indiferencia. Si el Divino Anhelado del florecimiento interior es rosal brotado en el jardín de tu aspiración, permite que la beatífica lluvia de esas pequeñas acciones de las que te hablo, fertilicen la tierra de tu sagrada intimidad. Verás cómo. Lentamente, florecerá la Gracia en ti, y te transformarás, lenta, pero seguramente, en un alquímico crisol metamorfoseador de toda sombra, para bien tuyo y gloria de cuantos te rodean.

HASTINAPURA

diario para el alma

Enseñanzas de Meister Eckhart

Parte IV

Meister Eckhart ha sido uno de los mayores místicos del medioevo europeo.

Sus enseñanzas trascienden la religión cristiana y pasan a formar parte de la maravillosa sabiduría universal

que conduce a todos los hombres hacia la re-unión con su Padre Celeste. Aquí hacemos una breve reseña de sus enseñanzas.

DE LA DEVOCIÓN

ANTES QUE A NINGUNA OTRA COSA DEBE EL HOMBRE APLICARSE A ADQUIRIR CON FIRMEZA BUENOS HÁBITOS.

Es necesario que el hombre acostumbre recta y plenamente su razón a Dios, y en ello se esfuerce, pues así su interior será divino en todo tiempo. Nada pertenece con mayor propiedad a la razón que Dios, nada le está tan presente y tan próximo.

Sólo cuando el hombre se ha deshabituado primeramente a todas las cosas, y las ha hecho ajenas, puede de allí en adelante, aplicarse a todas sus obras con prudencia.

No existe en esta vida ningún modo de ser en el que debamos detenernos, y jamás ha ocurrido así para ningún hombre, por más avanzado que fuese. Antes que toda otra cosa es preciso que en todo momento el hombre tienda hacia los dones de Dios en forma siempre renovada y sin cesar.

Dios no se ha dado nunca ni se da nunca a voluntad ajena alguna. No se da más que a Su propia Voluntad. Donde encuentra Dios Su Voluntad, allí se da y se entrega a ella con todo lo que es, Y CUANTO MÁS NOS DESPOJAMOS DE LO QUE ES NUESTRO, MÁS VERDADERAMENTE NOS INCORPORAMOS A LA VOLUNTAD DIVINA.

Aprendamos a renunciar a nosotros mismos hasta no conservar nada como propio. Toda impetuosidad, todo descontento vienen siempre de la voluntad propia.

Del libro “Enseñanzas de Meister Eckhart”,

Ed. Hastinapura

Continuará en el próximo número

HASTINAPURA

diario para el alma

Enseñanzas del confucianismo

Parte VI

Las siguientes enseñanzas han sido extraídas del Libro Sagrado del Confucianismo titulado “Lun Yu”

“La Verdad es el Camino que conduce al Cielo. El principal deber del ser humano es descubrir la Verdad y meditar sobre ella” (Meng Tsu, IV, 1, 12)

“Nada existe que no sea querido u ordenado por el Cielo. Es preciso aceptar lo que Él quiere y ordena directamente. Solamente las cosas que llegan sin que ningún hombre las atraiga, son las queridas y ordenadas por el Cielo” (Meng Tsu, VII, 1, 2)

Meng Tsu dice: “En nuestro corazón reside la esencia de todo el conocimiento. La mayor felicidad consiste en ver, al examinarnos a nosotros mismos, que el estado de Perfección reside en nuestro corazón. En verdad, si alguien se esfuerza en amar a los otros como a sí mismo, esa persona se halla muy cerca de la propia Perfección” (Meng Tsu, VII, 1, 4)

“No hagas lo que sabes que no debe hacerse, y no desees aquello que sabes que no debe ser deseado. Con esto basta para que te encamines hacia la Perfección” (Meng Tsu, VII, 1, 17)

“Los arroyos y las corrientes de agua deben ser bien encauzadas para que se dirijan a los embalses, y de este modo puedan ser útiles para el cultivo de las plantas. De modo similar, el corazón debe ser bien encaminado para poder realizar obras que conduzcan hacia la santidad” (Meng Tsu, VII, 1, 24)

“Uno de los mayores defectos de los seres humanos es que siempre tratan de quitar la cizaña del campo ajeno, pero descuidan el suyo propio” (Meng Tsu, VII, 2, 33)

“La Bondad reside en el corazón del ser humano. Para transitar el Sendero Divino tan solo es necesario conocer esa Bondad que habita en nuestro interior” (Meng Tsu, VII, 2, 16)